

Oro, técnicas y sociedad en la historia de Colombia

César Augusto Lenis Ballesteros

Si preguntáramos por los referentes de la historia económica de Colombia, de inmediato aflorarían alusiones al café, a la industria textil, a la producción de alimentos o a la caña de azúcar. Pocos referenciarían el rico pasado minero del país. Ignoramos, por ejemplo, que, al menos durante cuatro siglos, el oro fue nuestro único producto de exportación constante. La explotación aurífera fue una actividad dominante en la economía de lo que hoy es Colombia.

Desde el siglo XVI y hasta bien entrado el siglo XIX, la economía del otrora Nuevo Reino de Granada giró en torno a la producción de oro. Este territorio era reconocido en el mundo por la producción del metal aurífero; la misma que ha sido determinante en la configuración histórica y social de distintas regiones de la geografía nacional. En la historia de Colombia, entonces, la minería del oro ha sido protagonista.

Entre finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX se comenzaron a notar cambios en el modo de producción aurífera del Nuevo Reino de Granada, uno de los virreinos de la América española. Dichos cambios se justificaron, en gran medida, por un asunto técnico. La minería del periodo colonial en el Nuevo Reino fue esencialmente de aluvión. A pesar de los intentos de modernización, propios del siglo XVIII, ese tipo de minería continuó siendo dominante. Con técnicas rudimentarias se logró mantener un nivel de producción en ascenso en las últimas décadas del dominio colonial español.

Es claro que la minería de lo que hoy es Colombia era diferente a la andina o a la novohispa-

na. Por las características de los yacimientos, se desarrollaron sustanciales diferencias en relación con esos emporios mineros de América. En el Nuevo Reino de Granada se extraía oro (no plata), fundamentalmente de aluvión. Esto explica por qué no se construyeron los complejos montajes propios de lugares como Potosí, en el virreinato del Perú; o Zacatecas y Guanajuato, en la Nueva España, actual México. Montajes que exigían una inversión y conocimientos técnicos considerables.

De igual manera, en el Nuevo Reino de Granada no se usaba de manera generalizada el azogue, elemento de primer orden para amalgamar el metal en Mesoamérica y en los Andes. Con instrumentos y herramientas muy sencillas (bateas, canalones, almocafres, barras, cachos y jagüeros, entre otros) se podía extraer el metal.

La inversión en la minería aurífera de las provincias mineras del Nuevo Reino de Granada se concentraba en la mano de obra. Y esta podía ser esclava o libre. Los individuos que trabajaban esos placeres auríferos, también eran conocidos como mazamorreros, o barequeros, tal y como se les denomina hoy en distintas zonas mineras del país.

Es preciso señalar que desde el siglo XVI el oro fue el motor de la conquista y del poblamiento en muchos lugares de la actual Colombia. Este metal, que abundaba en ciertos sectores de la geografía, se explotó desde tiempos prehispánicos. Con rudimentarias técnicas, los aborígenes que habitaban, por ejemplo, las zonas bajas de los ríos Cauca y Nechí, el cañón del río Porce, el cerro de Buriticá, o el curso alto



José Horacio Martínez. *Barequeras*. Dibujo en tinta sobre papel. 150 x 10000 cm. 2019. Exposición *Fortuna. Diálogos, extracción, economía y cultura*. MUUA

y medio del río Magdalena, extraían de ríos y quebradas el dorado mineral, que intercambiaban por diversos artículos, o aprendían a transformar para elaborar las más complejas piezas que, por su color, se asemejaban al sol.

Con la ocupación ibérica, grandes sectores de la población indígena desaparecieron; diversas causas ayudan a comprender esa catástrofe demográfica, y la rudeza del trabajo minero al que fueron sometidos los indios es tan solo una de ellas. Pronto fue necesario introducir mano de obra esclava, traída desde el continente africano, para que con su fuerza laboral se contribuyera a la expansión y consolidación del sistema de dominio colonial en América.

Lo interesante es que negros de algunas naciones africanas, traídos a la fuerza a las Indias, también sabían de explotación aurífera. Tenían conocimientos y técnicas que pusieron

al servicio de sus amos en el Nuevo Mundo. Sus tradiciones técnicas se mezclaron con los ancestrales conocimientos de la población indígena, y con las técnicas europeas, y eso dio como resultado las particulares formas de explotación mineral desarrolladas en América durante casi trescientos años de dominación colonial. El problema de los mestizajes técnicos en la producción aurífera del Nuevo Mundo ha sido poco explorado en la historiografía americana. Varios historiadores han resaltado la importancia de estudiar las mezclas técnicas, las invenciones de artefactos y métodos de explotación económica, y los cambios y continuidades en relación con prácticas de laboreo indígenas, africanas y europeas.

Ya en el siglo XVIII, el cambio de casa monárquica, de Austrias a Borbones, trajo consigo una nueva valoración de las tierras americanas, sus gentes y sus recursos. Con el objetivo

de modernizar la producción mineral, se trató de borrar con las tradicionales y efectivas técnicas presentes en América desde varios siglos atrás, difundiendo conocimientos mineralógicos, propiciando la aplicación de nuevas técnicas para el laboreo, educando a la población minera, importando mano de obra o simplemente prestando atención a los más eficaces medios para obtener mayores rendimientos en las minas.

Como en otros lugares de América, en el Nuevo Reino de Granada se propusieron proyectos de fomento a la explotación minera. Todos ellos buscaban hacer de los recursos minerales una fuente de prosperidad y de progreso.

Y es que durante el siglo XVIII se desarrolló en las colonias hispánicas un interés por fomentar la minería de plata y de oro. El Nuevo Reino de Granada no fue la excepción; en él factores diversos intervinieron de manera simultánea en dicho fomento; es decir, tanto virreyes, como gobernadores, funcionarios de la Real Hacienda, visitadores, o mineros, mostraron una seria preocupación por buscar alternativas de desarrollo minero que hicieran posible la explotación de recursos, en apariencia inagotables, que no habían sido beneficiados de la manera más adecuada.

Sin embargo, muchas de las propuestas fueron una verdadera utopía. No se llevaron a la práctica o encontraron resistencia entre los mineros locales, reacios a modificar sus ancestrales prácticas de extracción aurífera, menos costosas que las que pretendían introducirse y que no generaban el riesgo de la incertidumbre, por lo general ya común en la minería del oro.

Esa constante relación entre innovación, adaptación y resistencia, presente en la minería dieciochesca neogranadina, no es más que un indicativo de varios “problemas”: en primer lugar, la inaplicabilidad de múltiples utopías, representadas en proyectos de explotación mi-

neral, en un contexto socioeconómico como el del Nuevo Reino en dicho siglo; en segundo lugar, los intereses por modernizar la economía imperial, fomentando actividades económicas que no estaban preparadas para que en ellas se aplicaran propuestas de explotación racional y tecnificada, como la minería aurífera; en tercer lugar, la manera como obligaciones estatales fueron asumidas por particulares, toda vez que esos proyectos mineros, en muchas ocasiones, deberían ponerse en marcha con recursos que no dependían de las arcas reales; y por último, el rechazo de las “estrategias” de explotación propuestas por grupos dominantes y la adaptación y creación de actores sociales vinculados con la producción de oro en diferentes provincias del Virreinato.

Todo ese contexto cambió en el siglo XIX. La apertura que generó la Independencia posibilitó la llegada de inversión, técnicas y conocimientos que fueron aplicados a explotaciones auríferas de veta. Los molinos de pisones, las técnicas de fundición, la amalgamación con mercurio, las dragas para ríos, los monitores hidráulicos o las máquinas de vapor, se utilizaron durante el siglo XIX, y estas convivieron con las rudimentarias técnicas propias del periodo colonial en la minería de aluvión.

Estos cambios fueron evidentes a partir de la década de 1820, y se inició entonces una era de explotaciones auríferas de veta, que nuevamente posicionó al territorio de la actual Colombia como uno de los principales productores de metal en América. La frontera minera se abrió en diversas direcciones. Se explotaron yacimientos de veta y de aluvión, con lo que las posibilidades de obtener oro fueron mucho más abiertas en el siglo XIX.

Todo ello generó experiencia en las élites y empresarios que se vincularon con las labores mineras. Tal experiencia les permitió valorar el conocimiento, las técnicas modernas y la inversión. Mucho antes de la llamada “indus-

trialización”, propia de las primeras décadas del siglo XX, hubo una temprana mecanización de la producción en la minería del oro y el procesamiento de este metal.

En Antioquia, por ejemplo, ese proceso se sintió con fuerza en la segunda mitad del siglo XIX, antes de la creación de grandes compañías textiles, o las dedicadas a la producción de bebidas y alimentos. Fue ese el contexto en el que surgieron laboratorios de fundición y ensaye, como el de J.V. & H., que abrió sus puertas en 1880, en Medellín.

Innovaciones técnicas en la minería del oro, como el molino de pisones (1825), las técnicas de fundición (1851), el monitor hidráulico (1878) y la draga para los ríos (1888) se explican por esos proyectos de fomento minero que afloraron desde tiempos de la Independencia, algunos inspirados en proyectos coloniales, casi todos ellos fracasados, y que estaban presentes en diferentes esferas del sistema colonial.

Tal interés, ya en tiempos republicanos, también hizo parte de los esfuerzos de gobernantes, élites, empresarios particulares y extranjeros, que contribuyeron a la valoración de la técnica, la inversión y la difusión de conocimientos mineralógicos de avanzada.

En ese sentido, vale la pena destacar la presencia de suecos, franceses o ingleses, con una formación técnica y un interés en los minerales del país y en la forma de explotarlos de manera racional. Ellos lideraron tempranos esfuerzos por modernizar la minería en el recién creado Estado-Nación.

En 1825, por ejemplo, el sueco Carlos Hauswolff arribó a Cartagena con su compatriota Pedro Nisser, ingeniero. Se desplazaron a Antioquia. Poco después llegó a Medellín otro sueco, Carlos Segismundo de Greiff, quien levantó varios

mapas, y abrió caminos útiles. Elaboraron informes y cartografías mineras, de gran valor. Tenían la intención de traer al país hierro y acero suecos e invertir en minas.

También en la década de 1820, llegó a Colombia el ingeniero inglés James Tyrell Moore, formado en Sajonia, quien introdujo el uso de molinos de pisones en la minería de veta. Los mismos que se utilizaron en minas de Marmato y de Antioquia. Moore implantó importantes avances técnicos en las minas de Antioquia y se radicó en esta provincia por casi veinticinco años. Luego se trasladó a Bogotá. En la década de 1830, Alejandro Jhonson, Eduardo Walker (ingleses), y Carlos Degenhardt (alemán) trabajaron activamente buscando minas y mejorando las técnicas de explotación en Antioquia.

La minería del oro fue una verdadera escuela de formación, en la que no solo participaron extranjeros. También mineros locales fueron protagonistas de todo ese proceso de mejoramiento técnico. Se destacan, por ejemplo, personajes como Vicente Restrepo, Manuel Uribe Ángel, Tulio Ospina o Camilo Antonio Echeverri, para citar tan solo algunos de ellos.

Todavía hoy en día, en algunas regiones del país, la minería del oro sigue siendo vital para la economía y las sociedades locales. Es preciso tener presente esa dimensión histórica a la hora de valorar la minería del oro; una dimensión de fuertes vínculos con el metal, en el proceso de configuración histórica del país. La minería aurífera hace parte del pasado nacional y eso no puede negarse; el reto es comprender, a partir de la investigación social, el papel que ha desempeñado esta actividad económica en la historia colombiana.

César Augusto Lenis Ballesteros es Profesor Asociado en la Universidad de Antioquia.